

La callejuela de la "Tía Negrita"

ES la callejuela de la calle Ancha, paralela a ella en su mayor parte. Por su extremo occidental, donde se desarrolló el suceso que le dió nombre, termina en la punta de la calle de la Trinidad y, como ella, tiene una gran expansión que la comunica con el callejón de los Frailes, con el rincón del Calero y su prolongación de enlace con la Cruz Verde, todo ello, como la mayoría de nuestras calles, rotulado con nombres exóticos, faltos de vitalidad local.

En su estado primitivo era más incómoda, nauseabunda y accidentada la irregularidad de la callejuela, aunque siempre resaltaron mucho las diferencias de cada mitad. La oriental, con salida a la placeta Albertos, comunicación intermedia con el callejón del Cristo Zalameda, por las portadas de Blanco, frente a las de «Cagalera» y terminación en el alterón de «Las Mudillas», formado por la corriente de las aguas que bajan de la calle Ancha, por el callejón de «Chala» a tomar la calle de la Victoria; esta mitad siempre tuvo forma regular, recta

y estrecha y estuvo más limpia de inmundicias, siendo motivo de especiales atracciones diurnas y nocturnas por sus múltiples y disimuladas salidas. La mitad occidental, siempre fué más ancha e irregular, más sucia y de piso tan desigual, que resultaba peligroso ir por ella. Esta desigualdad dimanaba de la diferencia de altura con la calle Ancha, cuyas casas quedaban materialmente colgadas a ese nivel. Las condiciones arcillosas del terreno hacían más resbaladizo el piso y con esto, las cuestas, las inmundicias y el barro, apenas si se podía caminar a saltos pero, no obstante tales inconvenientes, por lo que se acortaban las distancias, siempre se transitó mucho por ellas y en uno de esos acortamientos de camino halló la muerte la «Tía Negrita» a manos de su marido, que convirtió el paraje en escenario final de un drama conyugal.

Eran un matrimonio que procedían de un pueblo próximo, buenas personas, honestas y trabajadoras.

El suceso conmovió mucho al vecindario y el lugar quedó para siempre unido a la víctima con el nombre que popularmente se le aplicó cuando pusieron en Alcázar su puesto de churros: la «Tía Negrita».

Nombres conocidos

no ser necesario en el reducido ambiente de aquella época, siendo lo usual que se conocieran por los nombres o apodos de sus dueños: la taberna de «Leña», la del «Catre», la del «Chato», la del «Viejo», la de «Perra», la del «Siro», la del «Canijo» de «Pellas», la de «Estrella», la de «Pinete» etc., todas con apodos. Con los nombres, algunas como la de Federico, la de la Simona, la de Pedro Advíncula y con nombre propio del establecimiento, la del «Cartucho», «El Cielo» y «La Llana».

Las lonjas se conocían por los nombres de los propietarios; los Tapias, la Encarnación, la Braulia, «Santiaguillo», el señor Bonifacio.

En las barberías hubo una de especial acierto: «La Fama».

En otros ramos de la industria las representaciones estaban muy individualizadas por falta de elementos de vida. En la zapatería, Juan Francisco era el **non plus** como diría Heliodoro Sánchez; en el chocolate, la Gregoria; en la confitería, Espinosa; en la churrería, la tía Martina, en las tortas, la «Cantera», y en las alcagüetas, el «tuerto Jicara», que acertaba siempre con el punto del tueste, apesar de que no vendía más que los domingos, porque el resto de la semana no compraba nadie.

AL hablar de los rótulos, se hicieron algunas observaciones sobre su existencia.

La realidad era, que ningún establecimiento tenía nombre propio, por